

LA LEYENDA DEL ABAD SAN VIRILA

A mi amigo el padre Ramón Molina, monje-hospedero en Leyre.

La leyenda es parte fundamental de la historia y de la tradición. Sin ella el discurso histórico sería más arduo y ferragoso, sólo para eruditos; mientras que la leyenda acerca la historia al pueblo llano, la humaniza, intentando la comprensión de factores cruzados, tergiversados y falsificados que generalmente reúne el hecho histórico. Pero no quiere decir que haya que atribuir a la leyenda carta de veracidad histórica absoluta, sino comprenderla como un embellecimiento de la misma, que unas veces tendrá realidad y otras será fruto de intenciones o devociones populares, que desean una certeza que no existe, y que prefiguran en sus relatos legendarios. Preciosa es la leyenda del abad San Virila, porque mezcla naturaleza y religión en un bello relato, que todavía tiene presencia, porque en ese lugar se mantienen presentes esas dos constantes de modo efectivo.

Ocurre el relato a finales del siglo IX, un poco más tarde que el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago, pero está reflejado literariamente en los medios cistercienses del siglo XII, el siglo floreciente de las peregrinaciones a Compostela. Sucede en el monasterio de **San Salvador de Leyre (Navarra)**. Era entonces un monasterio floreciente de gran observancia, que llamó la atención de San Eulogio en su viaje por los Pirineos, reconociendo que allí conoció a "... *excelentes varones, temerosos de Dios* _ ". Esto que sucedía hacia el año 850 indica la antigüedad del monasterio, atestiguado por los restos de una iglesia mozárabe conservada en el subsuelo de la actual iglesia románica. La historia del monasterio, con altibajos, no se ha detenido hasta hoy, ocupado por una comunidad de monjes benedictinos, igualmente excelentes varones y temerosos de Dios, que este cronista tiene la oportunidad de comprobar cuando lo acogen anualmente en su cenobio. El monasterio está enclavado en pleno Camino de Santiago aragonés, en la vía que procedía de Somport y pasaba por Jaca en dirección a Puente la Reina, que era donde se unía al camino navarro que comenzaba en Roncesvalles.

San Virila fue un monje nacido en las inmediaciones del monasterio, del que llegó a ser abad. Fue hombre muy preocupado por el más allá. El relato refiere una leyenda, pero su figura histórica esta perfectamente documentada en el *Libro gótico de San Juan de la Peña (fol. 71)*. Mantenía el bueno del abad tremendas dudas sobre cómo sería el gozo de la eternidad. Es así que un día de plenitud primaveral se interna en el bosque cercano con estas meditaciones que leía en un libro. En la espesura del bosque aparece un ruiseñor, que con sus trinos distrae su atención de la lectura escatológica, apartándolo hasta una fuente. Allí queda prendado del canto del pájaro, hasta que se adormece. Cuando se despierta la naturaleza había cobrado nueva vida y no encuentra el camino de vuelta, hasta que al fin lo reconoce y al monasterio al fondo, que ahora es más grande, con iglesia mayor y nuevas dependencias que no comprende. Al llegar a la portería e identificarse, nadie le reconoce. Buscando en el archivo del cenobio encuentran un abad Virila "*perdido en el bosque*", pero hacía trescientos años. Es entonces el monasterio una revolución por el milagro acaecido, y en pleno Te Deum de acción de gracias se

abre la bóveda de la iglesia y se oye la voz de Dios *"Virila, tu has estado trescientos años oyendo el canto de un ruiseñor y te ha parecido un instante. Los goces de la eternidad son mucho más perfectos"*. Un ruiseñor entra entonces por la puerta de la iglesia con un anillo abacial en el pico, y lo coloca en el dedo del abad, que lo fue hasta que Dios lo llamó a comprobar la gloria eterna.

La leyenda es un clásico teológico de los goces de la eternidad, y habría de tener amplia repercusión literaria en el mundo occidental, como sucedió en el monasterio benedictino flamenco de Afflighem entre 1122-1195; o como en Francia, donde hay hacia 1195 hay una traducción del obispo de París; o reproducido también en el año 1212 por Jacobo de la Vorágine; o en la Cantiga CIII de Alfonso X el Sabio; o en el monasterio cisterciense gallego de la Armenteira, donde el abad se llama San Ero.

Quienes conozcan el monasterio de Leyre comprenderán que la leyenda teológica está directamente unida a una naturaleza prodigiosa, donde se pueden pasar horas y días de admiración, de embeleso contemplándola, soñando, disfrutando de la leyenda desde la fuente de San Virila, donde a muy tempranas horas de la mañana este cronista subió para gozar de esa naturaleza que al abad Virila adormeció, prometiendo así que en sus montes, bosques y aguas la leyenda continúe, más allá del tiempo que ahora vivimos, en plena armonía de religión y naturaleza que avanzábamos al principio del artículo.

Acabar con unas palabras de la certeza o incerteza de la leyenda, que me refería el padre Ramón Molina, monje-hospedero en Leyre, al relatar que algo de cierto tienen todas las leyendas cuando todavía subsisten, y que en el caso de San Virila, si no fueron trescientos años de abandono y despiste, al menos pudieron ser unos días. Leyenda que todavía vive en el Camino de Santiago aragonés, como otras muchas.

No está nada mal volver al puesto de trabajo después de trescientos años de vacaciones, y recuperar el escalafón que se tenía. Confirmarán ustedes que es una leyenda para ser soñada como realidad presente.